

## LIBROS

ALEXANDER BALINKI, *Albert Gallatin: Fiscal Theories and Policies*, Nueva Jersey: Rutgers University Press, 1958.

En los primeros años de la república estadounidense tuvo lugar una controversia que con el tiempo había de despertar gran interés en los países llamados actualmente subdesarrollados. En la obra arriba citada, el profesor Balinki discute un aspecto de dicha controversia con claridad y precisión.

En 1790 y en las primeras décadas del siglo XIX, los Estados Unidos eran un país aún subdesarrollado. Libres políticamente de la Gran Bretaña, giraban económicamente en la órbita del Reino Unido. Preponderaba la agricultura y la fase industrial estaba todavía en la infancia.

Como cabe esperar, existían diversas escuelas de pensamiento en torno al problema del desarrollo económico para reforzar así la independencia del país. Un grupo, presidido por Alexander Hamilton, Secretario del Tesoro durante la primera administración, establecida con arreglo a la nueva constitución federal, sostenía que el gobierno debía tomar una parte activa en el desarrollo económico. Estimaba que convenía utilizar sus recursos en el fomento y desarrollo de la industria, logrando una economía mejor contrapesada. Para lograr este fin, deberían desarrollarse al máximo los recursos financieros de la Administración Federal y ampliar la base tributaria.

Los Anti-Federalistas (quienes más tarde se llamaron republicanos), presididos por Thomas Jefferson, sostenían una teoría opuesta. El principal exponente de sus teorías fiscales y financieras fue Albert Gallatin, que ocupó el cargo de secretario del tesoro durante las administraciones de Jefferson y Madison, de 1801 a 1813.

Las ideas de Gallatin, en lo que respecta a la política fiscal, diferían abiertamente de las de Hamilton. Con arreglo a la teoría general de los partidarios de Jefferson, en el sentido de que "el mejor gobierno es el que menos gobierna", Gallatin se opuso tenazmente al enfoque hamiltoniano en pro de la participación activa del gobierno en el proceso de desarrollo económico, con la única excepción de las llamadas "mejoras internas". Consideraba que éstas eran sumamente necesarias, pero que debían posponerse hasta que se eliminase la deuda pública.

A la luz de tales teorías, que aún hoy se consideran "ortodoxas", Gallatin perseguía tres objetivos principales como Secretario del Tesoro. En primer término, se propuso, a toda costa, eliminar la deuda. Segundo, cumplir la promesa hecha por los Jeffersonianos de abolir los impuestos, y tercero, reducir a un mínimo los gastos públicos.

Jefferson y Gallatin consideraban la deuda nacional como un mal irrefrenable. Pensaban que era una desgracia para el gobierno e insistían reiteradamente en que la abolición de la misma reforzaría aún más la posición internacional de los E. U., y que eso era preferible a un ejército o a una marina fuertes.

Con esta idea en mente, Gallatin concentró todos sus esfuerzos en reducir la deuda nacional y obtuvo un éxito considerable. Al finalizar la administración de Jefferson, en 1809, la deuda se había reducido casi a la mitad. Sin embargo, apunta el doctor Balinky, esto no fue sólo el resultado de las teorías de Jefferson y Gallatin. Se debió en gran parte al hecho de que los E. U. efectuaban la mayor parte del transporte comercial durante las Guerras Napoleónicas, incrementando así los impuestos aduaneros, principal fuente de ingresos del gobierno federal.

Jefferson consiguió además abolir todos los impuestos internos. Mas esto tuvo un efecto desastroso en la administración Federal, porque la hizo depender enteramente de una sola fuente de ingresos, *i.e.*, los impuestos de aduana. La situación no fue mala, mientras la participación de los E. U. en el transporte comercial iba en aumento; pero cuando llegó a su fin, en 1808, el gobierno se dio cuenta (al igual que ocurre hoy con muchos gobiernos de los países subdesarrollados) del peligro que supone depender de una sola fuente de ingreso. La situación se hizo particularmente grave cuando la nación se vio envuelta en una guerra con la Gran Bretaña, en 1812, pues entonces se eliminó, casi por completo, el comercio exterior que aún restaba.

Esta situación era particularmente desafortunada, ya que como todos los esfuerzos de Jefferson y Gallatin se habían encaminado a eliminar la deuda nacional, se descuidó la fortaleza militar de la nación. Esta se encontraba desprovista totalmente de medios de defensa al comenzar su segunda conquista militar.

Aunque las medidas de Gallatin eran virtualmente una caricatura de los procedimientos financieros "ortodoxos", sirvieron para demostrar el peligro de su aplicación en países subdesarrollados. El doctor Balinky pone en claro que los Estados Unidos se hubieran encontrado en una situación más ventajosa si Jefferson y Gallatin hubiesen adoptado un plan concebido con el propósito de levantar la economía y establecer la milicia en la nueva república. Este volumen encierra sin duda

gran interés para los políticos y economistas de los países subdesarrollados actuales.

ROBERT J. ALEXANDER,  
*Rutgers University.*

FREDERICK MAYER, *New Directions for the American University*, Washington, D. C.: Public Affairs Press, 1957. 52 págs.

El autor de este libro breve, liviano, optimista, mira al futuro de la educación universitaria americana con la pupila puesta en el alborar de un nuevo día para los grandes centros del saber. De ese alborar, nos asegura, depende la supervivencia de la Civilización Occidental, y el futuro mismo de la humanidad.

Los heraldos de esa aurora que el autor entrevé no los encuentro en su libro. Y el libro mismo no es heraldo. Difícilmente podría serlo en 52 páginas de puntazos de esperanzas y censuras. Esa ración de páginas serviría mejor para un credo. Pero el libro no tiene la rotundez del credo. Le preocupa demasiado al autor que lo identifiquen con una escuela u otra. Nos dice, por ejemplo, que no sigamos a John Dewey, pero enseguida añade que eso no quiere decir que vayamos a seguir a Bestor. Y entre esos dos mandatos negativos no aparece el puntero orientador. Pero a lo mejor la oscuridad reinante es el heraldo, ya que, como nos dijo alguien, las horas más oscuras son aquellas que preceden la alborada.

El autor censura la superficialidad de los doctorados, los cursos rápidos —propulsión educativa a chorros— en que el estudiante falta un día y pierde una centuria; la ausencia de una casa internacional en cada campus universitario; la chocante falta de maestros inspirados e inspiradores, la quincallería departamental, etc.

Señala como causa destacada del desperdicio académico el que no hay una filosofía educativa unificante. Y apunta la especial importancia de tener una filosofía educativa en esta hora en que la nación americana se lanza por nuevos caminos en su vida pionera, enviando sus técnicos y maestros a los países menos desarrollados. Dice el autor:

Si van a esos países equipados con una filosofía falsa, se cosecharán más daños que resultados constructivos.

Y mientras nos alumbrá este chispazo del catedrático de la Universidad de Redlands, pensamos en los muchos logros negativos de la política exterior de los Estados Unidos de América.